

Chile, la Cara Oculta del Bicentenario

Entrevista a JOSÉ BENGOA¹

Licenciado en Filosofía de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso. Postgrado en Ciencias Sociales, mención Antropología y Desarrollo Rural. Nombrado miembro de la comisión bicentenario en el 2000. Ha publicado libros como "Historia del Pueblo Mapuche", "Historia social de la agricultura chilena", "La comunidad perdida", "La emergencia indígena en América Latina", entre otros. Actualmente se desempeña como docente de la Escuela de Antropología de la Universidad Academia de Humanismo Cristiano.

N: Quisiera iniciar esta conversación sobre la construcción de país. Me interesa tocar temas de cultura e identidad, de nación y memoria, de política e ideología. Podríamos escoger como punto de inicio este imaginario que se constituye con el "Chile del Bicentenario". Permítame para estos efectos citar la presentación de portal web de la Comisión Bicentenario:

"El Bicentenario de Chile es una fecha trascendental, un motivo de celebración que nos permite conmemorar lo que somos como nación y lo que hemos logrado en estos doscientos años. [...] el Bicentenario nos brinda una oportunidad única para sentirnos orgullosos de lo que somos, y soñar el país que queremos construir para las futuras generaciones".

¿En qué piensa cuando escucha esta definición del "Chile del Bicentenario"?

En esta idea del Bicentenario tengo la impresión de que convergieron varias propuestas, que tuvieron alguna expresión en la Comisión Bicentenario. Por un lado, tenemos una propuesta que yo llamaría "naturalista", patriótica en sí misma, irreflexiva, en la cual el orgullo de lo chileno se ubica en el centro. Hay aquí una idea de Nación, de Patria no cuestionada, donde pareciera que, por arte de magia, un día dieciocho de septiembre de mil ochocientos diez un grupo de patriotas gritó "¡queremos ser independientes!" o algo por el estilo. Un planteamiento como éste no tiene historicidad, carece de genealogía y de una capacidad comprensiva respecto a cómo se fue construyendo el territorio, la pertenencia y la no pertenencia, las subordinaciones, las dominaciones en la construcción de país. Esta perspectiva domina en por ejemplo, las teleseries patrióticas: desde el inicio, hace doscientos años, todos los que vivían en estas tierras con excepción de los hispanos eran chilenos y muy patriotas...

Por otro lado, diría que surgió otra tendencia muy poco visible hoy en día, que podríamos caracterizarla, en el buen sentido del término, como "popular" o quizá también con algún elemento "populista". Se enfatizaba en esta mirada que la Nación reside en el pueblo y que en última instancia el sentido profundo de la Patria, por decirlo de una manera solemne, está representado por los sabios del pueblo, dispersos y escondidos a lo largo y ancho del territorio. Bajo esta idea se plasmó un intento muy importante dirigido por Sonia Montecinos, que aspiraba a recuperar la sabiduría popular. Se realizaron muchas reuniones en regiones referidas al tema de qué significaba el Bicentenario para los distintos sectores sociales del país. Este encuentro de campesinos, gente del norte y muchas otras, pretendía llegar

¹ Esta entrevista fue realizada en Junio de 2010. Su contenido fue preparado y editado para Revista Némesis por Juan Pablo Pinilla a quien agradecemos su colaboración. Agradecemos también al profesor José Bengoa su disposición a participar del presente número.

al Bicentenario con una idea mucho más plural de Nación, una Nación que no sólo respeta la diversidad sino que la celebra.

Participé de esas reuniones junto a mucha gente. En ese instante se pensó que el Bicentenario podría llegar a ser un momento de celebrar, conmemorar la diversidad del país, sus distintas voces y no sólo la voz autoritaria nacional-patriótica, generalmente militar, que lamentablemente será la única que sonará en esta efeméride. El domingo recién pasado leíamos en el Diario El Mercurio, las celebraciones que se harán, y el 90% son de carácter militar: una enorme parada militar, iniciativas dignas de un tradicionalismo museográfico tal como ese “kit de palo encebado” (sic), cosas que, a mi manera de ver, tienen bastante poco sentido. Parte de esta lógica son las series heroicas que hoy por hoy transmite la televisión abierta; producciones de escasa profundidad en términos de análisis y poco felices en términos fílmicos. Esos “Manuel Rodríguez” y la galería de personajes que asoman como en un museo, acartonados, de baja calidad. Me hacen recordar aquellas representaciones que suelen hacerse en las escuelas primarias para el 21 de Mayo, donde los niños visten con trajes hechos manualmente por sus mamás, con sus barbas de nylon, algodón, etc. En fin, una especie de fantasmagoría.

Cuando se forma hace más de diez años la Comisión Bicentenario, a la cual nos convocó el Presidente de la República junto a un grupo heterogéneo de personas, se plasmaron esas tendencias. Visto así, la pregunta que surge es cómo hacer una reflexión del Bicentenario en estas condiciones.

Por ejemplo, en un momento se invitó a unos franceses que habían estado trabajando en la organización del Bicentenario de la Revolución Francesa. Este fue un evento bastante interesante, pues combinó elementos arquitectónicos o “monumentos” con un proceso de debate y discusión histórica que fue riquísimo en el caso francés. Se entendió que la Revolución no era solamente el discurso oficial napoleónico del siglo XIX, sino que hoy día debía ser comprendida bajo otras categorías. Se publicaron una buena cantidad de libros, a los que siguieron debates y otras iniciativas en la misma dirección.

Para el caso chileno, una de las primeras frustraciones de esta fecha es la ausencia de este debate. Efectivamente coincide, no por ser el Bicentenario, con la aparición de una historiografía crítica que ha relevado ciertos actores que no estaban hasta ahora presentes, lo cual es muy meritorio. Gabriel Salazar particularmente, y otras personas que hemos ido relevando voces, por decirlo así, dentro de la construcción/no construcción de la Nación chilena, de la construcción/ no construcción del Estado, de la formación/no formación de la ciudadanía. Esta ciudadanía a todas luces restringida que tiene nuestro país, o esta democracia, como suele afirmarse, de “baja intensidad”. Ilustrativo es ese Estado que quedó al desnudo el día del terremoto, con su poder represivo bien conocido y con su capacidad operativa prácticamente anulada; es decir, unas fuerzas armadas incapaces de tener tecnología para comunicarse entre ellos o para afirmar con exactitud si es que había o no un maremoto, etc.

En síntesis, ese debate lamentablemente no se dio y tampoco se dio una discusión sobre las obras. Cuando fue el Centenario de la República había ciertas claridades en la clase alta, en el mundo intelectual de la época, referidas a un proyecto, relativamente estereotipado, de traer la civilización a estos rincones del mundo. Para el caso, significaba traer París a Santiago: el Parque Forestal como Bois de Boulogne, la Biblioteca Nacional como Bibliothèque Nationale, el Bellas Artes como Beaux Arts. Un conjunto de copias finalmente, pero que al menos permanecen hoy como símbolos del centro de la ciudad. En cambio aquí no hubo capacidad de un planteamiento similar, una voluntad de combinar lo

moderno con la tradición que se hiciera parte del desafío final de este tipo de conmemoraciones, o sea, de cómo recordar la historia en función de un proyecto.

El punto es interesante pues no recae en un fenómeno exclusivo de Chile. Leí hace unos días sobre la conmemoración de las fiestas de Mayo en Argentina, pero sobretudo Buenos Aires, lideradas por el Intendente Macri. Tengo la impresión de que allí se repite el escenario de fondo del que venimos hablando. Se reinaugura el teatro Colón y, en vez de dar una obra de la vastísima producción musical argentina, se interpreta una ópera italiana de Puccini. Se realiza un Tedeum en la catedral, cuando Argentina es un país de bajísima participación católica. Sin contar con la celebración de un banquete, como esas galas de antaño. Pero incluso yo diría que esta suerte de “Bicentenario Retro” provoca una cierta gracia, pues en última instancia representa la nostalgia del tiempo dorado de Argentina. Pero junto con esto, se produce un abandono absoluto de las restantes provincias del país. En suma, el Bicentenario argentino es Buenos Aires, la ciudad porteña, moderna, europea, ligada a Italia, Francia, Inglaterra y Santiago del Estero. Jujuy, por poner un ejemplo, es la trastienda de la Nación. En conclusión, no es solo en Chile donde hay una suerte de incapacidad de jugar con la historia o, como se dice ahora, de hacer uso de la historia para el presente y para el porvenir.

Me parece que la oportunidad de plantear este tipo de cuestiones se perdió en el Bicentenario chileno. Y lo que quedará del Bicentenario en términos de obras será el “Sanhattan”, las grandes torres de vidrio. Así como en el Centenario se trajo un poquito de París, aquí se trae un poquito de Miami, California, algo de esa naturaleza: Malls, Supermercados. Representa, en este sentido, el bicentenario del triunfo del mercado; pero como el mercado es poco heroico, carece de épica, no pueden realizarse un desfile con las grandes tiendas, con el retail. Entonces se retoma la idea militar-patriótica de nación que se fundó en el siglo XIX con las guerras.

N: Ricardo Lagos inicia su mandato inaugurando la Comisión Bicentenario de la Independencia. Hoy en día, a una década de este acto, con fuerte críticas a las gestiones de dicha Comisión y con un cambio en el conglomerado de Gobierno de por medio, el ex presidente afirma con mirada retrospectiva que el Bicentenario se trataría no de una fecha, sino de un “momento” en la construcción de país. Cita al Centenario de la República y trae a colación obras como el Centro Cultural Palacio de la Moneda, las autopistas concesionadas, el edificio Titanium y el Sanhattan. ¿Cómo vería usted este momento del Chile del Bicentenario?

Lo que he intentado sostener es que el discurso nacional, el discurso sobre la Nación, carece hoy en día de un contenido fuerte. Es un discurso susceptible de marketing y sobre el cual sectores importantes de la sociedad no poseen una base material para sustentarlo. Y esto, para decirlo en términos sociológicos, se da pues los mecanismos de integración en Chile están extremadamente debilitados. Nada más observar lo que ocurre con el terremoto: los saqueos, la ausencia de solidaridad colectiva, de integración, etc. La reconstrucción misma no se hace a través del Estado, sino de los privados. El caso más paradigmático por estos días, en términos simbólicos, es el hecho de que se le haya entregado a una organización religiosa católica la tarea de la reconstrucción. Independientemente del juicio que tengamos de esta organización particular, resulta notable constatar que en todas las catástrofes anteriores se formó un Ministerio, una institucionalidad pública a cargo de la situación excepcional. Pareciera que hoy el país no posee suficiente claridad, a nivel de su intelectualidad, respecto a cuáles son los caminos de integración, cuáles son las propuestas a seguir.

Tengo la impresión de que ha habido retazos de eso. El hecho de que la presidenta Bachelet haya tenido tanto cariño no sólo es porque sea una persona agradable, sino porque planteó una idea de protección. Aunque se trataba de una noción de integración débil, es decir, de una integración en minoría de edad: uno protege al débil, no protege al ciudadano. El ciudadano es protegido por el derecho, un derecho a participar y a reivindicar sus derechos adquiridos ante la justicia. La idea de integración que de aquí emerge es fragmentaria, débil, pues apunta hacia la idea de una "clientela", de sujeto más pasivos que activos. Sin embargo se forma un discurso que engloba a todos como chilenos en la medida en que se tienen acceso a beneficios particulares: pensiones, seguros de cesantía, el Plan Auge, y una serie de servicios de protección. Beneficios que, por cierto, son financiados con los ingresos del cobre.

Podría establecerse, a modo de hipótesis, que tal vez uno de los pocos discursos de integración social existentes es el discurso de la ciudadanía. Pero éste es, con todo, un discurso no del todo presente; se ve en la ausencia de participación electoral y política de los jóvenes, la ausencia de ciudadanos proactivos. Entonces, uno hubiese esperado una discusión más profunda en ese sentido, sobre todo que los medios más cultos fueran capaces de reflexionar respecto a cuál es el nivel de ciudadanía que tiene este país. La impresión que uno tiene, sobre todo los que trabajamos a niveles rurales y de lugares escondidos de este país, es que más que ciudadanos tenemos una suerte de clientes. Generalmente, lo que uno percibe son alcaldes haciendo clientelismo del más tradicional. El fenómeno social del terremoto lo ha puesto en evidencia: los alcaldes reciben bienes y los van repartiendo, omitiendo cualquier organización social de por medio. Cuando uno se acerca a las comunas dañadas las organizaciones están ausentes, no existen organizaciones locales activas y ninguna autoridad se ha tratado de entender con las pocas que quedan. Por el contrario, se las trata de pasar por alto para que la ayuda vaya directamente a la familia o, como dicen hoy día, a la persona, esto es, al votante, que luego podrá retribuir con su voto productivo de cliente.

El único cambio estructural que percibo en este Bicentenario, sociológicamente hablando, es la aparición de una clase media moderna, una clase media sobre-instruida que se ubica casi exclusivamente en las grandes ciudades, donde hay patrones de conducta cada vez más globalizados y modernos. ¿En qué sentido son importantes estos segmentos? En el sentido de que, por ejemplo, la nuclearización familiar de este sector es muy alta: parejas de profesionales que viven solos y postergan el nacimiento de un hijo hasta los treinta años o hasta consolidarse materialmente. Alguien lo podría ver, como dicen los alemanes, como un proceso de "individuación", de personalización del individuo o, desde el punto de vista más conservador, de individualismo. Sectores que están cada vez más ligados a los servicios, altamente globalizados en términos de sus hábitos de consumo: internet, computadora bajo el brazo, viajes. O sea, hay ahí un sector que todavía no se expresa en términos culturales ni en términos públicos. Quizás Marco Enríquez Ominami tuvo un atisbo de eso al llamar la atención sobre este segmento. También la presidenta Bachelet, en su candidatura más que en su gobierno, interpretó a las mujeres de ese ámbito moderno, mostrando un grado de modernidad en ella como persona.

Ahora bien, no sé si esto quedará dentro del recuento del Bicentenario; tampoco sé si sea un hecho sociológico tan relevante. En el caso del Centenario al menos sí hubo dos sectores emergentes. Uno que se lo negó absolutamente: la clase obrera. El centenario coincide con el momento culmine de la matanza de la Escuela Santa María de Iquique en 1907. La celebración del Centenario de la República hizo entonces caso omiso de la existencia de ese sector. Solamente fueron los autores de la llamada cuestión social, Venegas por ejemplo, los que advirtieron del nuevo sector social emergente. Este nuevo

personaje, dijeron, que no es el campesino inquilino de la hacienda, ni el populacho, ni el roto chileno, está exigiendo cada vez más derechos. Un fenómeno similar ocurre hoy en día cuando las masas populares santiaguinas no son observadas: jóvenes rockeros, raperos, no aparecen en el paisaje de la conmemoración. Asimismo, la clase media que comenzaba a avizorarse en el Centenario tampoco fue reconocida como un nuevo sector.

Al igual que ocurre con el desarrollo económico del salitre en el siglo XIX, el proceso de expansión capitalista que se ha dado durante los últimos veinticinco años de la mano de la explotación del cobre y la exportación de bienes básicos, también muestra la aparición de nuevos sectores sociales. No me atrevería a aseverar que esos actores serán los que caractericen el siglo XXI, pero no debemos subestimar a la enorme masa de jóvenes marginales que se está manifestando de diversas maneras. Se trata de una cultura que hoy día es marginal, pero es una cultura libertaria y fuertemente contestataria que la sociología y la antropología deben observar e investigar.

En el programa de investigación que he venido desarrollando sobre el tema identidad, encontramos dos sectores donde el concepto de Nación, de pertenencia plena a la nación chilena, era explícitamente rechazado. Uno de ellos corresponde al sector mapuche, especialmente jóvenes, y el otro representaba a los sectores populares de hiphoperos y rockeros. En el caso de los talleres que hicimos con jóvenes de poblaciones, llamó la atención muchachos que afirmaron no sentirse parte del país. Su simbología era asimismo decidora: utilizaban seudónimos y formas de vestirse globalizada. Es un fenómeno que debe abordarse con cuidado por las consecuencias que tiene para el futuro, pues pareciera que hay allí un proceso de no integración que conduce a apartarse de los marcos de referencia que ofrecía el concepto de Patria. Este no nacionalismo juvenil e incluso anti-nacionalismo de algunos sectores más intelectuales marginales, me parece muy interesante y significativo. No cabe duda que es esperanzador. Para el caso mapuche el discurso es más conocido, encontrando muchachos que reafirman su identidad mapuche por contraposición a la chilena. Probablemente ellos tienen todo el derecho en este Bicentenario de decir como hace 100 años lo dijera Recabarren, "no tenemos nada que celebrar".

N: Llama la atención que, en vistas de esta diversidad, se afirme en el portal Web que "el Estado construye obras y propone ideas, pero también es importante que la ciudadanía, el ciudadano sea parte de la celebración". La pregunta que entonces surge es: ¿Cómo un ciudadano que no es homogéneo en términos socioeconómicos, ni de género, ni incluso de origen étnico, puede llegar a formar parte de una celebración?

El portal que citas mezcla las tendencias contradictorias que se dieron en la Comisión Bicentenario, y que expresan las visiones que existen en la sociedad chilena. Yo diría que la mayor parte de los habitantes de este país, o de Santiago al menos, serán sólo observadores de la celebración de otros; de un concepto de patria y de nación al cual adhieren de forma no siempre consciente. Podemos, por ejemplo, hacernos la pregunta por las capacidades de organización a través del mercado. ¿Es capaz el mercado de dar fundamento a un concepto de integración cuya dinámica logre sustentar una idea de patria o de nación común, donde, como dice Touraine, vale la pena vivir juntos, donde el animus societatis es compartido?

No es una pregunta fácil de responder. Creo que la sociología y la antropología pueden aportar en ese sentido. O sea, uno podría reconocer tendencias positivas: si se va un día domingo a un Mall de la periferia se encuentra lleno de gente que antes no tenía acceso al consumo. Con todo, el mercado

puede llegar a ser un buen (o mal) distribuidor de bienes, pero no caben dudas de que es un mal otorgador de sentido. Nadie se muere por el mercado, sería absurdo pensar que alguien diera su vida por una coca-cola. Lo que hace vivir en común a las sociedades son una cantidad de imaginarios, símbolos, futuros, utopías, emociones que parecieran estar un tanto ausentes en nuestra sociedad.

He caracterizado este diagnóstico en términos de una “comunidad fragmentada”, pues creo que apunta, a mi modo de ver, al carácter fragmentario de esta sociedad que se aproxima al Bicentenario. Una sociedad donde no hay muchos vasos comunicantes, donde los mecanismos tradicionales de integración se van rompiendo. Alguien podría sostener que fue la hacienda el gran mecanismo de integración en Chile, pero eso ya no existe. O apoyarse en ese Estado Nacional Popular de Allende, Pedro Aguirre Cerda y Frei Montalva, esa gran utopía meritocrática –y digo utopía porque no necesariamente se realizó–. Lo mismo ocurre con los partidos del siglo XX, que fueron grandes partidos nacionales e importantes medios de integración. La idea de nación aquí ocupaba un concepto de futuro, de construcción de una patria justa y para todos. Cuestiones que hoy parecen un tanto olvidadas, así como olvidada está una idea compartida de nación.

La imagen de nación que compone hace recordar a la pregunta que se hizo el informe del PNUD del año 2002: “¿Quiénes somos los chilenos?” Se afirmaba a partir de ahí que existía un desafío cultural que radicaba en crear y afianzar un proyecto país y generar una visión en la que todos pudieran reconocerse como miembros plenos de una comunidad de ciudadanos, y como actores que guían su desarrollo. ¿Qué cree usted respecto a esos proyectos de país?

Ese informe en buena medida tuvo la pluma de Norbert Lechner, y a mí personalmente me tocó participar en él durante la fase de entrevistas e historias de vida. Comparto plenamente la idea lechneriana de que la nación, el vivir juntos, está ligado a proyectos colectivos. Está ligado también a nostalgias, al pasado. Aquí en Chile existe nostalgia de épocas doradas, pero no son nostalgias compartidas. La “pax hacendal” es el sueño de las oligarquías de un pasado en que todos éramos unidos, patronos e inquilinos. Esa pax hacendal está en el imaginario nostálgico de mucha gente, y uno puede verla como leitmotiv en bastantes dirigentes de derecha. Otros sectores tienen una nostalgia del liceo, podríamos decir que se trata de la nostalgia de la clase media. Es una nostalgia de la meritocracia, del laicismo, en un momento en que se pretendió –aunque no fuera siempre así– que si eras capaz podías llegar lejos.

Diría que estas imágenes siguen dando vueltas de manera fantasmagórica. Por ejemplo, llama la atención cómo en estos días se coloca en una especie de atrio sagrado al Instituto Nacional y al Carmela Carvajal, como dos íconos de esta nostalgia meritocrática, lo que a mí me produce serias dudas de que tenga que ver con una realidad histórica.

La unidad de los que viven en un país también se da por esos elementos antiguos, de una historia transformada en sentimiento; historia emotiva y nostálgica que no tiene trazos muy precisos, que carece de fechas y adolece de historiografía, llenando ese vacío con una imagen de paraíso perdido.

Ese informe, por otro lado, creo que dio una voz de alarma, por lo menos en los círculos más enterados, de un Chile fragmentado. Fíjate que en otra institución, que se preocupa de la imagen del país, se mandaron a hacer varios estudios sociológicos bastante interesantes desde el punto de vista metodológico. Uno de los resultados que llamaba la atención era que los únicos elementos de unifica-

ción entre los chilenos correspondían al paisaje. Esto ocurre en bastantes sociedades, es el famoso American dream como landscape, que se transforma en cultura, en un discurso unitario frente a los problemas sociales existentes. Y pareciera ser que en nuestro país el fenómeno es relativamente evidente. Si a la gente uno le pregunta “¿de qué te sientes orgulloso tú?”, lo más probable es que aparezcan elementos como la cordillera. Rápidamente tendremos cosas paisajísticas, quedando ausentes las apreciaciones relativas a las relaciones interpersonales. ¿Y por qué no salen las relaciones entre personas?

Antes de entrar a clases estaba leyendo el blog de El Mercurio respecto a los polémicos dichos del embajador de Chile en Argentina. Es impresionante. O sea, tú tienes un montón de gente que dice que está en lo correcto sobre sus juicios de la dictadura, y otro que está en las antípodas. Basta con que toques el botón y vuelve a salir la fragmentación absoluta a nivel del discurso, de experiencias, de la historicidad reciente. Y si a eso agregamos otro botón en torno al mercado, a la igualdad educacional, u otro tema, aparece un debate en que la sociedad se dispersa. Creo que es esta la gráfica mayor del Bicentenario. Por eso que en todo caso, los argentinos, se quedan en una nostalgia más performántica: Puccini. ¿Qué nos une? Puccini, un pasado italiano, de ópera, medio ridículo, que al menos es menos peligroso.

N: En este juego de identidad, de fragmentación y también de cómo generar una continuidad en esa discontinuidad: ¿cuál es el rol que le cabe a la política? ¿Cómo insertar aquí esa conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado que sostenía Lechner?

Es una hermosa frase. Lo dijo Lechner y lo han dicho todos los grandes pensadores, la política justamente frente a una diversidad y una fragmentación de esta naturaleza, es la que tiene que provocar los canales de comunicación. Se debe establecer, a través del discurso político, procesos integrativos y propositivos. Es lo que en algún momento, en el ochenta y ocho por ejemplo, la política logró, aunque fuera de manera momentánea. Se logró crear una esperanza, esa retícula de entusiasmo y de integración que con el paso del tiempo se fue erosionando hasta llegar a la situación política de hoy en día. Se trata de una crisis importante de todo el espectro político, pues no obedece sólo a un problema del bloque de la Concertación, sino que la derecha ante toda evidencia está en crisis de proyecto también. Hay una falta de hegemonía, de proyecto hegemónico. El llamado a les enfants de la patrie, vengan hijos de la patria, suena hoy un poco ridículo. No creo que en esta universidad, por ejemplo, vaya a sacar aplausos un discurso de esa naturaleza, un llamando a estos jóvenes a combatir por nobles causas de la nación.

Se perdió una oportunidad en este Bicentenario. No era la fecha adecuada o no coincidió con la capacidad de debate de esta sociedad. Ya vendrá. No van a haber obras emblemáticas que recuerden las efemérides, ni debates apasionados. Las élites nos ofrecen, a cambio, cuatro días de borracheras. **N**

Santiago, 7 de Junio de 2010